2. LA CARTA DEL DOMINGO

Frente a la sencillez y sobriedad que caracterizan la correspondencia entre Jesús y Abgaro, se presenta la *Carta del domingo* en términos completamente distintos. Se trata de una «carta caída del cielo» (según unas redacciones «en la ciudad de Jerusalén», según otras «sobre el altar de San Pedro en Roma»), que en estilo ampuloso y un tanto apocalíptico exhorta a los cristianos a la observancia del domingo y a otras prácticas religiosas —concretamente, al ayuno de los miércoles y viernes—, conminándolos en su defecto con graves penas.

Escrita originariamente en griego y traducida a multitud de lenguas, ha tenido una larga pervivencia a través de los siglos, expuesta siempre a nuevas modificaciones y añadiduras, que han dejado su huella en las diversas redacciones en que han llegado hasta nosotros, pero conservando —eso sí— su mensaje central. La insistencia en la obligatoriedad del descanso dominical da pie sin duda a establecer cierta analogía con el descanso *sabático* y ha contribuido, ya desde antiguo, a dar a este escrito un carácter judeo-cristiano. Esta hipótesis no parece verse confirmada si se tiene en cuenta el contenido de la carta, ya que los motivos que se alegan para subrayar el carácter santo del domingo son exclusivamente cristianos. El domingo es el día del Señor, porque en él resucitó Cristo de entre los muertos y en él tuvo lugar la anunciación a María y el bautismo en el Jordán; en él tendrá lugar asimismo el juicio final. También es el día en que Dios creó el universo y en que la Trinidad se apareció a Abrahán en figura de los tres ángeles, etc.

Dejando aparte las adherencias textuales que han ido dejando los siglos en las diversas redacciones, cuyo origen circunstancial es fácil de detectar, son pocos los testimonios externos a nuestra disposición para poder apreciar la antigüedad del núcleo primitivo del apócrifo.

Uno de ellos, y de gran valor, está contenido en la correspondencia mantenida entre Liciniano, obispo de Cartagena —que vivió en la segunda mitad del s.VI—, y su contemporáneo Vicente, obispo de Ibiza. Como se puede colegir de la carta-respuesta de Liciniano, que es la que se conserva (texto latino en *Scriptores ecclesiastici hispano-lati-*

ni, ed. por A C. Vega [Escorial 1944], fasc.III), su colega de Ibiza le había enviado un escrito que se presentaba como «carta bajada del cielo sobre el altar de Cristo, en memoria de San Pedro apóstol» para que le comunicara qué juicio le merecía. Liciniano le contesta en términos categóricos, recriminando su conducta por haberlo leído en público y por haber dado oído a las habladurías del vulgo, que le atribuían origen divino De sí mismo dice que, nada más abrirlo y leer el encabezamiento en que se presentaba como «una carta de Cristo bajada del cielo para recomendar la observancia del domingo», lo rompió y lo arrojó al suelo.

Es una lástima que Liciniano no tuviera la paciencia necesaria para leer el escrito hasta el final y darnos más detalles sobre su contenido. Pero los consignados por él mismo y por su colega Vicente son más que suficientes para poder afirmar que la *Carta del domingo*, de la que ofrecemos al lector la versión castellana, partiendo del original griego de la redacción A según Bittner, era bien conocida en la Hispania del s VI en una traducción latina. Lo cual quiere decir, entre otras cosas, que el origen de nuestro apócrifo hay que situarlo, por lo menos, en el s.V o VI de nuestra era.

Texto griego A VASSILIEV, *Anecdota Graeco-Byzantina*, I (Moscu 1893) 23-32, M BITTNER, *Der vom Himmel gefallene Brief Christi in seinen morgelandischen Versionen und Rezensionen* (Denkschriften der Kaiserl Akademie der Wissenschaften Phil -Hist Kl , 51, Viena 1905), SANTOS OTERO, *Los evangelios* , 664 676

Bibliografía T AYUSO MARAZUELA, «Un apocrifo español del siglo VI de probable origen judeo-cristiano» *Sefarad* 4 (1944) 3-29, SANTOS OTERO, *Die handschriftliche* , I, 158 169, ID , «Der apokryphe sogenannte Sonntagsbrief», en *Studia Patristica*, III (Berlin 1961) 290-296, H DELEHAYE, «Note sur la legende de la lettre du Christ tombee du ciel» *Subsidia hagiographica* 42 (1966) 150-178, M VAN ESBROECK, «La lettre sur le dimanche, descendue du ciel» *Analecta Bollandiana* 107 (1989) 267-284, Erbetta, III, 113 118, Stegmuller-Reinhardt, 93-96, McNamara, 60-63, Geerard, 190 193

LA CARTA DEL DOMINGO

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea. Discurso acerca del domingo, día santo del Señor entre todos los demás, en que Jesucristo, Dios y Señor nuestro, resucitó de entre los muertos. Bendice, Señor.

Carta de Jesucristo, Señor Dios y Salvador nuestro, que fue enviada a la antigua ciudad de Roma, al templo del santo apóstol y prínci-

pe de los apóstoles, Pedro, a quien dijo Cristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la abatirán, y te daré a ti las llaves del reino de los cielos; y cuanto atares sobre la tierra, estará atado en el cielo; y cuanto desatares sobre la tierra, estará desatado en el cielo». Esta carta quedó suspendida en medio del templo, en el santuario. Mas Pedro, el gran apóstol del Señor, *se apareció al obispo de Roma en sueños y le dijo: «Levántate,* obispo, y mira la carta inmaculada de Nuestro Señor Jesucristo». El pontífice se levantó temblando y penetró en el santuario. Y, al ver la carta inmaculada en medio del templo, suspendida en el aire, exclamó entre lágrimas: «Grande eres, Señor, y admirables son tus obras, pues nos has dado a conocer a nosotros esta carta (que diriges) a todo el mundo». Y después de convocar a todos los clérigos de la gran iglesia, a los sacerdotes, monjes, jefes, hombres, mujeres y niños, y de recitar entre lágrimas durante tres días y tres noches esta plegaria: «Muéstranos, Señor, la riqueza de tus misericordias (al pueblo) humilde e indigno que ruega», sobre la hora de tercia, descendió la carta inmaculada a las manos del pontífice. Éste, lleno de temor y de temblor, la veneró y la besó, después la abrió y encontró escrito lo que sigue:

«Ved y considerad, hijos de los hombres, que os entregué el día santo del domingo; mas vosotros no lo habéis apreciado ni guardado. Entonces envié naciones bárbaras, las cuales derramaron vuestra sangre, y obré cosas terribles en gran cantidad Mas ni aun así os arrepentisteis. ¿No escuchasteis aquello del evangelio que dice: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán eternamente?* Os envié tempestades, heladas, pestes, terremotos, granizadas, plagas de langostas, orugas y saltamontes y muchas otras calamidades a causa del día santo del domingo; y no os arrepentisteis lo más mínimo. Luego os di trigo, vino, aceite y toda clase de bienes Mas, en cuanto os saciasteis, volvisteis a portaros peor. Y tomé la determinación de aniquilar a todo hombre a causa del día santo del domingo, pero me moví de nuevo a misericordia por la súplica de mi Madre inmaculada y de los santos ángeles, apóstoles y mártires y también del Precursor y Bautista. Ellos apartaron mi cólera de vosotros. Viudas, huérfanos y pobres claman ante mí, y vosotros no les compadecéis. Los gentiles se mueven a compasión; mas vosotros, cristianos como sois, no tenéis piedad Di a los judíos una ley por medio de Moisés, y no la quebrantan, a vosotros os di el santo evangelio, mi ley y mi bautismo, y no lo habéis observado.

¿No sabéis, hijos de los hombres, que en el primer día hice el cielo y la tierra y el principio de los días y de los tiempos y que le di el nombre de domingo radiante, gran pascua y resurrección? Por eso todo bautizado debe venerarlo y honrarlo, frecuentando la iglesia santa de Dios. ¿No sabéis asimismo que la formación de Adán (el primero que fue creado) y de Eva tuvo lugar en viernes y que en este mismo día fui yo crucificado y recibí sepultura y que al domingo siguiente resucité por la salvación del mundo? Por eso os mandé que todo cristiano se abstuviera de carne, queso y aceite los miércoles y viernes. ¿No sabéis que fue en el día santo del domingo cuando la hospitalidad de Abrahán me retuvo en su casa y cuando éste sacrificó un novillo para obsequiar a la Santa Trinidad? En domingo me aparecí también a Moisés en el monte Sinaí, y, después de que hubo ayunado durante cuarenta días, le entregué las tablas escritas con mano divina [o sea, la ley]. Y el día santo del domingo mi arcángel Gabriel vino a traer el mensaje del "Dios te salve" [o sea, la Anunciación]. Y en domingo recibí el bautismo de manos del Precursor, para daros ejemplo y para que no os ensoberbezcáis al ser bautizados por sacerdotes pobres; [no seáis altaneros; no despreciéis ni a un pobre siquiera], pues Juan, el que me bautizó a mí, no vestía sino pelos de camello y no comía pan ni bebía vino. ¡Ay del que no respeta a su padrino y a sus propios hijos! ¡Ay de los que conculcan la cruz! ¿No sabéis que en el día santo del domingo he de juzgar a toda la tierra y que han de ser emplazados ante mi presencia reyes y jefes, ricos y pobres, desnudos y desvergonzados? Juro por mi excelso trono que, si no guardáis el día santo del domingo, los miércoles y viernes y las santas fiestas solemnes, he de enviar bestias venenosas para que devoren los pechos de las mujeres que no amamantan a los niños (desprovistos de la leche de sus madres), y lobos salvajes arrebatarán a vuestros hijos. Maldito el hombre que no respeta el día santo del domingo desde la hora nona del sábado anterior hasta la alborada del lunes [y que no observa] la prescripción del ayuno y de la abstinencia los miércoles y viernes. Glorificad mi excelso nombre.

Y si no hacéis esto, no creáis que os voy a enviar otra carta, sino que abriré los cielos y haré llover fuego, granizo, agua hirviendo (porque el hombre continúa en su inconsciencia); provocaré espantosos terremotos; haré llover sangre y estacte en abril; haré desaparecer toda semilla, viña y plantas; finalmente, acabaré con vuestras ovejas y animales. Y todo esto, a causa del día santo del domingo. He de enviar, además, bestias aladas para que devoren vuestras car-

nes y digáis: *Abrid los sepulcros, los que reposáis desde la eternidad, y ponednos a cubierto de la ira del Señor Dios todopoderoso.* Oscureceré la luz del sol y haré sobrevenir las tinieblas, como hice una vez con los egipcios valiéndome de mi siervo Moisés. He de enviar al pueblo de los ismaelitas para que los esclavice, y acabarán con ellos a espada, dándoles una muerte cruel. Entonces lloraréis y os arrepentiréis. Mas yo volveré mi rostro para no oíros, a causa del día santo del domingo. Hombres malhechores, mentirosos, adúlteros, rebeldes, impíos, injustos, odiosos, traidores, insidiosos, blasfemos, hipócritas, abominables, falsos profetas, ateos, [...], esquivos, [...], enemigos de vuestros propios hijos, conculcadores de la cruz, codiciosos del mal, desobedientes, charlatanes, enemigos de la luz y amantes de las tinieblas; vosotros que decís: *Amamos a Cristo, pero deshonramos al prójimo y* [...] devorando a los pobres. ¡De cuántas cosas se arrepentirán en el día del juicio los que obran tales maldades! ¿Cómo no se va a abrir la tierra y os va a devorar vivos? Porque ejecutan las obras del diablo y heredarán la condenación juntamente con Satanás. Y sus hijos desaparecerán de la faz de la tierra como el polvo. Por mi Madre inmaculada y por los querubines de muchos ojos y por Juan, el que me bautizó, sabed que no ha sido mano de hombre la que ha escrito esta carta, sino que salió enteramente de las manos de mi Padre invisible. Si hay algún malévolo o malpensado que niegue el origen divino de esta carta, tendrá por herencia, lo mismo él que su casa, la condenación, igual que Sodoma y Gomorra; y su alma irá al fuego eterno por no haber dado crédito. Lo que es imposible a los hombres, es posible ante Dios.

¡Ay del sacerdote aquel que no dé acogida a esta carta [y que no la quiera] leer ante el pueblo! ¡Ay, además, de aquella ciudad y de aquel pueblo que no la escuchen de todo corazón! ¡Ay del hombre que se burla y desprecia al sacerdote!, pues no se mofa del sacerdote, sino de la Iglesia de Dios, así como también de su fe y de su bautismo. El sacerdote, en efecto, ruega por todo el pueblo: por los que le odian y por los que le aman. ¡Ay de los que charlan entre sí durante la santa misa y escandalizan al sacerdote que está orando por sus pecados, pues el sacerdote y el diácono ruegan por el pontífice y por el pueblo cristiano! ¡Ay de los que no honran a su padrino!, (pues él) llevó la cruz a tu casa y fue para ti un segundo padre por el bautismo. ¡Ay de los que no dan crédito a las santas escrituras! ¡Ay de los que juntan casa con casa y finca con finca para no dejar extenderse a su prójimo! ¡Ay de los que privan a los obreros de su salario! ¡Ay de los

que prestan su dinero con usura!, pues serán juzgados juntamente con Judas. ¡Ay del monje que no permanece en su monasterio y en la iglesia santa de Dios! ¡Ay del monje que se da a la fornicación! ¡Ay de aquel que deja a su mujer y se adhiere a otra! Maldito el sacerdote que no lea esta (carta) en público, pues cierra a los hombres el reino de Dios y ni entra él ni deja entrar a los que quieren. Dichoso el sacerdote que posea y lea esta (carta) ante el pueblo y la copie para (que llegue a) otras ciudades y países; en verdad os digo que encontrará su recompensa en el día del juicio y la remisión de sus pecados. ¡Ay del amo de casa que no hace producir su hacienda!, pues será quemado en el fuego como madero estéril. ¡Ay del que ofrece dones en el templo y está en guerra con sus prójimos! ¡Ay del sacerdote que celebra la misa estando enemistado!, pues no está sólo celebrando y elevando los santos dones, sino que los ángeles concelebran con él. Yo, Dios, soy el primero; yo estoy también después de todas estas cosas, y fuera de mí no hay otro. ¿Adónde huiréis de mi faz? ¿Dónde os ocultaréis? Yo escudriño los corazones y los riñones y conozco bien las cavilaciones de los hombres y descubriré lo que está oculto. Yo mando que todo hombre confiese fielmente a su padre espiritual cuanto hizo desde su juventud, pues éste ha sido dado por mí y por mi santa Iglesia para desatar y retener los pecados de los hombres. Bienaventurado aquel que ha observado el día santo del domingo; yo, Cristo, soy el que le ha bendecido, y será bendito».

Entonces el arzobispo, papa de Roma, dijo a todos: «Hermanos e hijos de nuestra humildad. Oíd, reyes y jefes. Sed cuerdos y aprended a hacer bien. Juzgad y oíd cosas justas, patriarcas, metropolitas, obispos, priores, confesores, sacerdotes, monjes, diáconos y todo el pueblo cristiano del Señor: observad cuanto ha determinado Cristo, Señor (nuestro), acerca del día santo del domingo para que tengáis paz en este mundo. Sin la caridad pura, el hombre no posee bien alguno. Lo mismo que los manjares sin sal son inservibles e insípidos, así también los hombres sin amor son inútiles. Por eso (os) hago esta recomendación: guardad y respetad el día santo del domingo y de la resurrección (que así ha venido a llamarse) y las fiestas solemnes, para que encontréis misericordia el día del juicio en Cristo Jesús, Señor nuestro, al cual sea dada gloria y poderío por (todos) los siglos. Así sea».